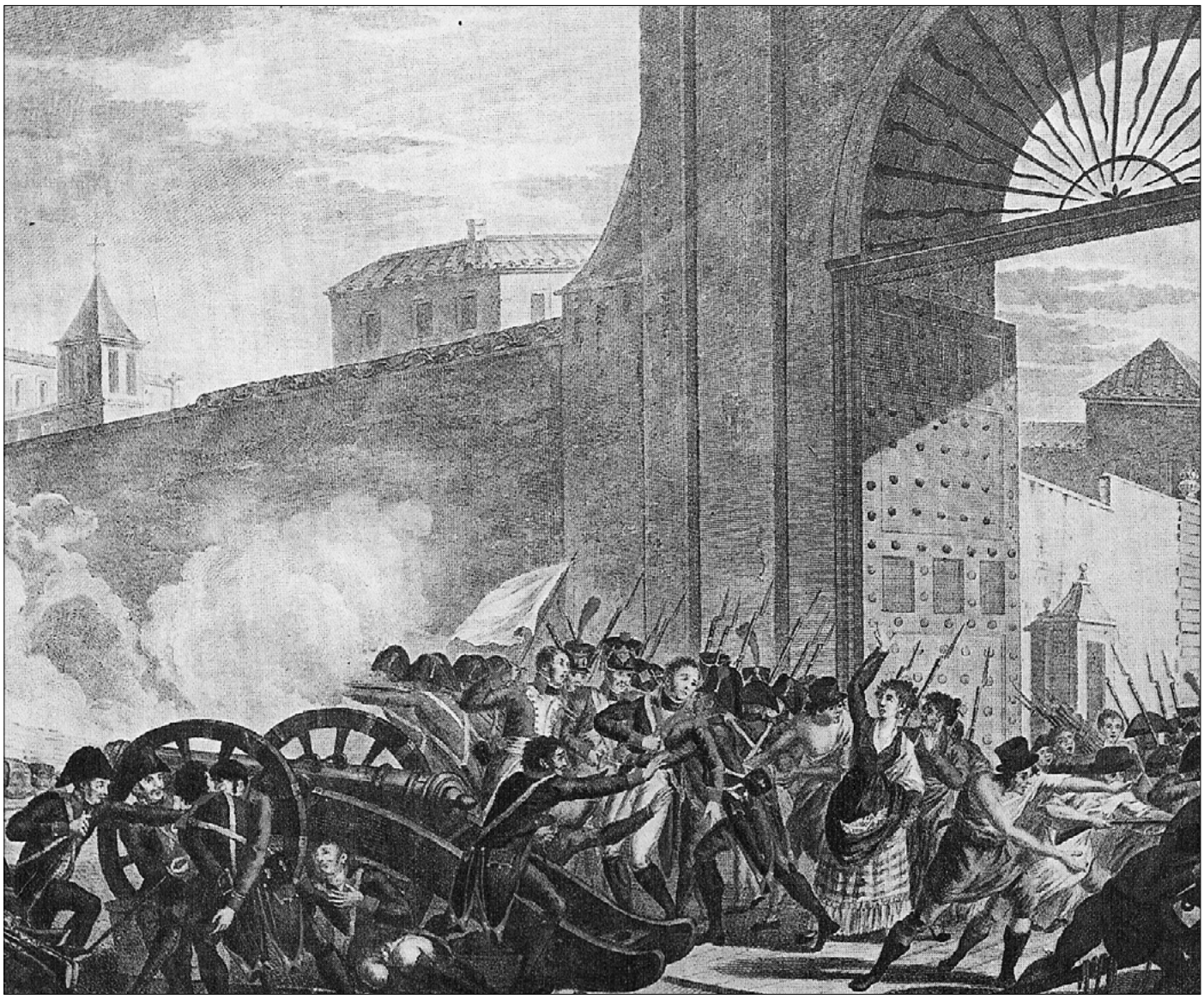
EFEMÉRIDES

LAS MUJERES EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA



Guerra de la Independencia. Pueblo y ejército defendiendo contra el invasor el Parque de Artillería de Madrid. 2 de mayo de 1808.

MARION REDER GADOW

A la nación Española. Dia Dos de Mayo de 1808 en Madrid.

Según Ortí Belmonte, la Guerra de la Independencia fue un enfrentamiento que potenció la solidaridad entre las distintas regiones y ciudades españolas, así como la unión de todas las fuerzas sociales para combatir y repeler los ejércitos de ocupación galos.

Los sucesos del 2 de mayo de 1808 originaron, a lo largo de este mes, el levantamiento de casi toda España contra las tropas francesas. Constituida, el 26 de mayo, la Suprema Junta de Gobierno de Sevilla, comenzaron las movilizaciones en Andalucía y, desde allí, llegaron las proclamas en las que se alentaba a la agresión a las tropas francesas por retener a los soberanos, Carlos IV y su hijo, Fernando VII, en Bayona.

Durante esta contienda civil, las mujeres se verán implicadas, de una u otra forma, en la lucha contra el invasor francés; incluso, ante la opción de tomar partido a favor de la defensa de sus hogares, de sus familias, de sus maridos e hijos. O por decantarse por un proyecto político concreto: el de los patriotas o el de los afrancesados.

La presencia femenina en el combate contra las tropas napoleónicas representó, al igual que con los hombres que se levantaron en armas, la efervescencia del sentimiento patriótico y la entrega a la lucha para expulsar al invasor. Aunque han sido estudios recientes los que han recuperado la presencia, implicación y combatividad en esta contienda, poetas como Bernardo López García ya apelaban al heroísmo femenino en la Guerra de Independencia en obras como *Oda al Dos de Mayo*:

«La virgen, con patrio ardor,
ansiosa salta del lecho;
el niño bebe en su pecho
odio a muerte al invasor;
La madre mata su amor,
y cuando calmado está
grita al hijo que se va:
"¡Pues que la patria lo quiere,
lánzate al combate y muere:
tu madre te vengará!"»

DOS DE MAYO DE 1808

El punto de partida de la lucha femenina a lo largo de la Guerra de la Independencia española hay que buscarla en el 2 de mayo de 1808. En aquella mítica jornada, en la que el pueblo madrileño tomó conciencia del peligro que suponía la presencia de los franceses en la ciudad, tras comprobar como los miembros de la familia real abandonaban Madrid, las mujeres se animaron también a participar en la revuelta, preparando sus macetas y acercando todo tipo de objetos arrojadizos a los balcones para lanzarlos a las cabezas de los soldados de la caballería e infantería francesa.

En pocas horas, se organizó en Madrid un motín en el que las mujeres, defensoras del ámbito doméstico, adquirieron una presencia inusual. La decisión del Mariscal Murat de disparar contra la población congregada fue la chispa que encendió la mecha de la revuelta y que despertó el espíritu de venganza de los madrileños ante la contemplación de los primeros muertos, hombres en su mayoría. Ronald Fraser estima que en el levantamiento del 2 de mayo contra los franceses lucharon en torno a 1.670 civiles; de ese total, 37 fueron mujeres combatientes del pueblo llano, más 8 de un estatus social superior. De estas 45 mujeres, 25 perdieron la vida y las otras resultaron heridas; sin contar a las niñas Manuela Fernández Cancela, Marcelina Izquierdo Galindo, Clara Michel Cazervi o Catalina Casanova, cuyas edades oscilaban entre los 8 y 11 años. Este episodio inicial de la *«Guerra contra el francés»*, hizo surgir la leyenda de la mujer española como alma de la reacción del pueblo ante la agresión exterior, una imagen que desde entonces generó relatos protagonizados por un sujeto femenino, anónimo en algunos casos, pero esencial en la gesta nacional.

Terminado el motín madrileño se inicia una larga guerra que daría ocasión a nuevas proezas femeninas. En los meses siguientes las mujeres estarían presentes en todos los escenarios de resistencia creados en España. Con certeza, donde mayor relieve alcanzó su impronta fue en los asedios de las ciudades, en los que las mujeres repartían municiones y víveres entre los combatientes, entre los que se encontraban sus familiares: maridos, padres, hijos, tíos o sobrinos, como destaca la leyenda del grabado de la defensa del parque de Monteleón: *"Suple el pueblo la escasez de artilleros y las mujeres distribuyen cartuchos y municiones"*. Estas mujeres luchaban por la patria en las ciudades sitiadas, defendiendo tanto a sus familias como a sus propiedades. En el sitio de Ciudad Rodrigo, por ejemplo, Pérez de Herrasti resaltaba como entre las mujeres, que colaboraron activamente con los sitiados llevando refrescos, víveres y municiones a los defensores de las baterías de la muralla, destacó una: la vecina Lorenza Iglesias, que fue herida dos veces, a pesar de lo cual persistió en ayudar a los hombres hasta que ya no pudo mantenerse en pie, cayendo extenuada al suelo.

Heroínas

Es necesario subrayar que la participación de las mujeres en el combate armado se debe, sobre todo, a que la Guerra de la Independencia promovió una movilización civil total. Así *"heroínas"* como Agustina de Aragón, Manuela Malasaña, Clara del Rey, Susana Claretona, la Condesa de Bureta, Manuela Sancho, María Esclope, conocida como *«La Bailet»*, María Lostal, Juliana Larena, María Artigas, Siste Ráfols, María Agustín, Josefa Bosch

«La Pardala», María Bellido o Casta Álvarez quebrantan la norma tradicional y optan por asumir un papel de combatiente en la guerra, incitando a sus paisanos a la rebelión.

Según la tradición, el 2 de mayo perdió Manuela Malasaña la vida luchando al lado de su padre a las puertas de la casa familiar, en la madrileña calle de San Andrés, defendiéndose con unas tijeras. Otra versión de la memoria popular afirmaba que la valiente muchacha fue asesinada a manos de una pareja de franceses cuando regresaba a casa, desde el taller de costura donde trabajaba. Manuela Malasaña se convirtió en la imagen de las jóvenes sacrificadas por defender al pueblo, a su tradición castiza; pero también recordó el temor atávico a la agresión sexual en los conflictos armados. En contraste, la figura de Clara del Rey representa el símbolo de la maternidad heroica. La muerte de esta mujer en el Parque de Artillería de Monteleón, en Madrid, mientras luchaba al lado de su marido y de sus hijos, la elevó a la categoría de esposa y madre mártir, al posicionarse contra la barbarie francesa.

La zaragozana Casta Álvarez, junto a Agustina de Aragón, fue una de las mujeres que más se señalaron en la defensa de su ciudad natal, armada con una bayoneta, a manera de lanza, animaba a los patriotas y los guiaba hacia los enemigos napoleónicos. Y es que, en ningún otro municipio español las hazañas femeninas tendrían tanta notoriedad como en Zaragoza, que quedó como símbolo de la rebeldía popular femenina frente a la invasión extranjera.

Otro acto de heroísmo lo protagonizó Susana Claretona, que se defendió con firmeza ante las puertas de Capellades y en la Pobla de Claramunt (Barcelona), empuñando un trabuco. Susana estuvo presente con su esposo Francisco Telonch en varias acciones bélicas; en una de ellas, se encontró cercada por varios coraceros imperiales y, con un valor sobrehumano, se abrió paso sable en mano matando a varios de sus enemigos. Por esta y otras acciones fue nombrada, conjuntamente, con su marido, comandante de somatenes (1809-1810). La guerrillera María Esclopé, conocida como *«La Bailet»*, asumió comportamientos masculinos ofreciendo una alternativa a aquellas mujeres que aspiraban a tener un mayor papel en la vida pública. Siguiendo los ejemplos anteriores, recordamos a Catalina Martín y a Francisca de la Puerta en la provincia de Toledo; a Damiana Rebolledo en Valladolid, a Josefa Bosch en Morella, a Ángeles de Tellería en Bilbao, además de decenas de santanderinas que incitaban a sus paisanos a la rebelión.

En Gerona, algunas mujeres de los oficiales decidieron formar una compañía de voluntarias, de carácter militar, en defensa de su ciudad, ocupando puestos atribuidos a los soldados. La compañía de voluntarias, denominada de *«Santa Bárbara»*, estaría formada por efectivos femeninos de cualquier condición y clase, aunque se prefería a jóvenes que gozaran de buena salud, a las que se recompensaría con una dote para contraer un matrimonio ventajoso. La unidad se estructuró en escuadrones bajo el mando de una comandanta, cuya función era la de transmitir las órdenes a las damas de Santa Bárbara, indicándoles los puestos a los que debían acudir en apoyo. A pesar de los esfuerzos de esta compañía de voluntarias, las fuerzas sitiadoras francesas consiguieron abrir una brecha en la defensa de la ciudad, resultando heridas 4 mujeres de este cuerpo: Teresa Balaguer, Isabel Pi, Esperanza Llorens y María Plajas.

También las mujeres del pueblo, de condición humilde, amparadas en sus quehaceres domésticos, en tabernas, posadas o ventas, realizaban acciones de espionaje informando a las guerrillas patrióticas de los movimientos de las unidades francesas o notificando los puntos más débiles de las fortificaciones. Ya que por su sexo no podían tomar las armas y batirse en el campo de batalla con el francés, las mujeres, guiadas por el bien de la nación, discurrieron el medio con el que contribuir a la causa patriótica adoptando el papel de agente, confidente o espía al llevar partes o avisos a los rebeldes. En Ronda, María García, apodada *«la Tinajera»*, fue acusada por los policías de servir de correo entre los patriotas rondeños y las guerrillas de la Serranía al encontrarse ciertos papeles altamente comprometedores en los pliegues de su ropa, al obligarla a desnudarse en público. Para que sirviera de escarmiento a otras mujeres encarceladas, igualmente, por confidentes, fue condenada a la cárcel, le cortaron el cabello al rape y la expusieron a la vergüenza pública paseándola por las calles de la ciudad entre burlas, mofas e insultos.

En la localidad jiennense de Bailén, se rescató el heroísmo de María Luisa Bellido, que, junto con sus convecinas, desempeñó la labor de aguadora. Según la tradición, mientras María Bellido intentaba aplacar la sed del general Teodoro Reding en el caluroso campo de batalla, una bala rompió el cántaro que aquella le ofrecía; impasible, la mujer recogió los restos del recipiente y volvió a ofrecer agua al mariscal de campo español. Su valeroso acto sería premiado con una pensión vitalicia.

Una mujer anónima se enorgullecía de haber matado a varios franceses arrojándolos a un pozo cuando, desprevenidos, se inclinaban para sacar agua. O el ejemplo de las patriotas gaditanas, que satirizaban el ataque enemigo en canciones: *«Con las balas que tiran los fanfarrones, se hacen las gaditanas tirabuzones»*. Al decir de M.ª Antonia Fernández, *«en España se vivió un proceso singular plagado de acciones colectivas y gestas individuales con mujeres como protagonistas»*.

Manuela Malasaña, J.L. del Villar. Museo del Ejército

Las mujeres en los grabados de Goya

Francisco de Goya, ya en la madurez de su vida, fue testigo del levantamiento madrileño del 2 y el 3 de mayo, inmortalizado y de una notoria importancia en su obra. El pintor aragonés reflejó a la mujer anónima que combatió contra los franceses, aunque en representación de todas aquellas mujeres conocidas, en sus grabados *Desastres de la Guerra*.

Las mujeres, en esta guerra contra Napoleón, abandonan por dignidad el papel de víctimas para luchar al igual que los hombres por la restauración de su Rey legítimo y por liberarse del yugo francés. Este empuje guerrero por parte de las féminas es el que capta y recoge Goya en sus aguafuertes.

Efectivamente, las mujeres están presentes en 33 de los 65 de los dibujos directamente relacionados con esta contienda civil. En algunos aguafuertes, la mujer es la protagonista, como Agustina de Aragón, mientras que en otros es una simple espectadora. Goya retrata a esta heroína empinada sobre un montón de cadáveres, al pie del cañón con la mano tendida y la mecha encendida. Una figura femenina vestida de blanco, color de la inocencia, vista de espalda, sin que se distinga su cara: una imagen impersonal y abstracta, por tanto, que encarna el emblema de la resistencia femenina. *«Las mujeres dan valor»*, ya que exaltan a los patriotas, empujando a los hombres al sacrificio.

En otro grabado dos mujeres, en pleno campo, luchan desesperadamente contra los franceses; una sentada en el suelo se defiende contra el soldado de pie que la domina al agarrarla por la melena, mientras que la otra, agachada, atraviesa con una espada el pecho del soldado enemigo. Posiblemente, habrán fingido ser prostitutas para llevarse aparte a estos hombres y matarlos en un descuido. En otra lámina titulada *«Y son fieras»*, se observa una batalla en el descampado entre un destacamento francés y seis mujeres, una con un niño apoyado en su cintura, clavando una garrocha en la ingle del soldado, mientras otra lanza una piedra contra el enemigo; una tercera empuña la espada con la que traspasa al adversario. Es difícil adivinar si Goya exalta el patriotismo femenino o juzga horrorizado en lo que la guerra napoleónica había transformado a estas madres de familia españolas.

Asimismo, Goya refleja a la mujer forzada, humillada, torturada como la que aparece en *«No quieren»*, en la que se representa a un húsar intentando abrazar a una moza que se defiende al clavarle las uñas, esperando que otra mujer mayor hunda un puñal en el cuerpo del agresor. Las mujeres no son las que atacan, pero responden con violencia sin tener en cuenta la edad. En *«Ni por esas»* se observa la brutalidad ciega del deseo y la resistencia dramática de la mujer se evidencia aún más por la figura infantil abandonada en primer término. Por último, en *«Amarga presencia»*, aparece maniatado un hombre que puede ser el marido o padre que va a presenciar la violación de la joven, de blanco sobre el fondo oscuro de los dos agresores. Estos la están sujetando, mientras que al fondo se intuye otra violación.

Reflexión final

La Guerra de la Independencia evidenció el espíritu patrio y de lucha de la mujer, naciendo en ella toda una serie de heroínas que pasarían a formar parte del panteón histórico nacional. Estas demostraron una espontánea y activa participación en contra de la ocupación francesa del país y de la presencia de tropas napoleónicas en sus pueblos y ciudades. Aunque esta intervención femenina fue, en gran medida, en apoyo a los hombres que luchaban en los distintos focos de resistencia y, más tarde, en los frentes de batalla, sentenciaba una evidencia: las mujeres también quisieron luchar por sus familias, por su Rey y por España.

***Alegoría de la villa de Madrid.* (1809).** Francisco de Goya.

BIBLIOGRAFÍA

DE DIEGO, Emilio, (2007): *España, el Infierno de Napoleón.1808-1814. Una historia de la Guerra de la Independencia*, Esfera de los Libros, Madrid.

DOMERGUE, Lucienne (2005), "Goya, las Mujeres y la Guerra contra Bonaparte", en *La Guerra de la Independencia en Málaga y su provincia (1808-1814)*, Servicio de Publicaciones del CEDMA, Málaga, pp. 231-248.

FRASER, Ronald (2006), *La maldita guerra de España. Historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Crítica, Barcelona.

FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, María Antonia (2008), "La mujer en la guerra", en *España 1808 – 1814. La Nación en armas*. Madrid.

JIMÉNEZ BARTOLOMÉ, Ana Mª (2007), "Las mujeres en la Guerra de la Independencia: propaganda y resistencia", *Ocupació i resistencia a la Guerra del Francès (1808-1814),* Biblioteca de Cataluña, Barcelona, pp. 247-256.

REDER GADOW, Marion (2009): «Espionaje y represión en la Serranía de Ronda. María García, «la Tinajera», un ejemplo de coraje ante los franceses», *Heroínas y Patriotas. Mujeres de 1808*, Cátedra, pp. 175-191.